

>

C

O

N

C

U

R

S

O

S

Y

C

E

R

T

Á

M

E

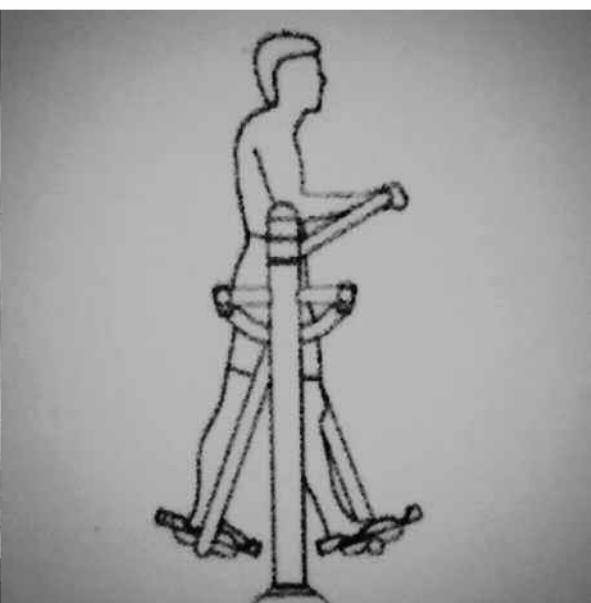
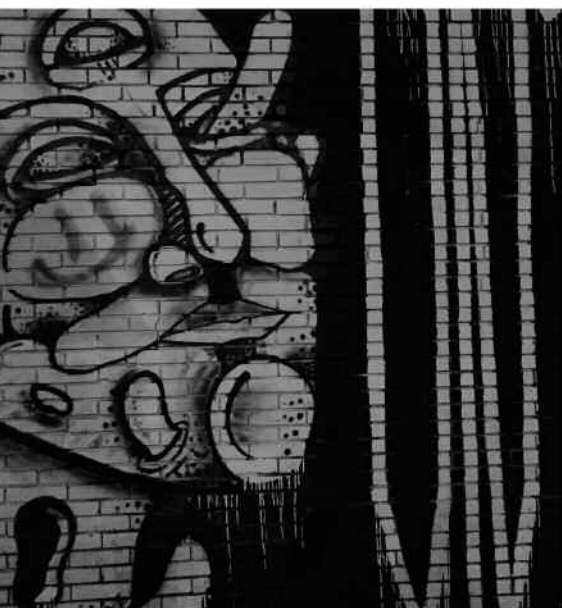
N

E

S

**XXI CONCURSO INTERNACIONAL  
DE RELATOS CORTOS  
«JUAN MARTÍN SAURAS»**

ILUSTRACIONES: MANUEL GRACIA GASCÓN



# Primer Premio 2016

## *Secretos*

### Montserrat Espinar Ruiz

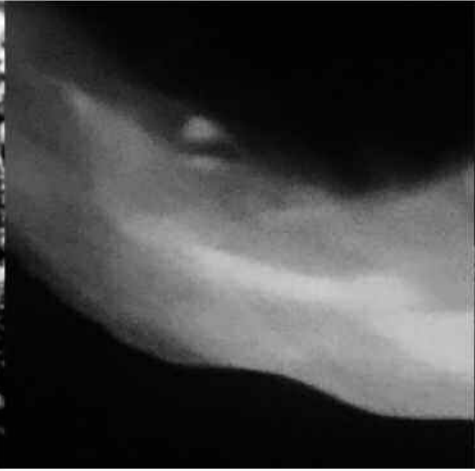
¿Quién recoge los secretos, hija? ¿Quién los protege cuando el que los conserva desaparece de esta tierra que nos guarda? Siempre prediqué la claridad en las palabras y te enseñé la verdad como camino, pero ahora confieso que quise en ti lo que yo no era, quise borrar mi falta tallándote con mansedumbre y, con mis manos de madre enamorada, fui dando forma a una ilusión, a un gozo: lo que tú eres en mi vida.

Padre siempre me siguió el compás, porque él me quiso desde chicos. Aún recuerdo cuando, en la escuela, el maestro le renegaba por quedarse ratos largos prendido de mí. Hasta la boca se le entreabría, y a don Andrés se le subía la cólera a los carrillos, que luego tenía retraso en la lección por tener que repetirla. A mí me daba la risa y padre se enrojecía por la vergüenza. Más tarde, de mozos, vino a hablar con el abuelo. Ya nos habíamos dado algún beso, poca cosa, niña, que la decencia echaba tufillo y si una la perdía ya no había perdón ni enmienda. Y tú sabes el olfato que tienen las vecinas del pueblo, pues cuando yo era moza aún más fino, que a veces una pensaba que sus narices se metían en lo más hondo del cuerpo. El abuelo me miró y yo achiqué los ojos, de puro bochorno, pero al ver que una sonrisilla de tunanta se me escapó, agarró a padre por el hombro y lo hizo pasar. Allí estuvieron toda la tarde bebiendo, que la bota no encontraba alivio, hasta un queso me hizo empezar y una hogaza para acompañarlo. Al tiempo, padre se puso a trabajar con el abuelo: alegría para los dos. Se ganaba un jornal y buen remuevo le dio a los olivos. Así el abuelo pudo, de un golpe, aventar la fatiga que ya se lo comía.

Don Ramón nos casó al poco, en cuanto mi tita Teresa faltó, pues ya llevaba renqueando el año completo. Hermana del abuelo era y mucho refugio me dio de chica, porque al ser moza vieja no tenía más que a nosotros. A mí me llevaba en su pensamiento a cada rato, y un huerfano que cultivaba era el entretenimiento de las dos. A veces la encorajinaba cuando arrancaba de la mata los tomates verdes y me los echaba a la boca, hasta con ansia. Ella me reprendía diciendo que un mal de vientre me iba a dar y que la espera era una ciencia y bien necesaria hasta para las cosas del campo. En su cortijo nos metimos, el que es hoy el tuyo, niña. Nos dio alivio una casa de balde, no por la tita, mira si hace años y aún la echo en falta, pero aquellos tiempos eran penosos y el cobijo fijo no lo tenía cualquiera.

MONTSERRAT ESPINAR RUIZ, técnico superior en Administración y Finanzas, nació en Valencia en 1980. Autora de numerosos relatos y tres novelas, todavía inéditas, ha visto publicadas algunas de sus historias en libros colectivos como *Pérlas en la charca* o *Cada mirada es única. Liberación de talentos*.

Ha obtenido el primer premio en numerosos certámenes de relatos; entresacamos de ellos solo algunos de los más recientes: Premio Dulce Chacón, Villa de Mazarrón, Fundación Villa de Pedraza, Certamen Literario Casa de la Dona de Mislata, Certamen Literario “Sebastiana Palacios” de La Guardia de Jaén...



Padre fue un bendito, de bueno se extraviaba. Nunca le faltó un beso para mí. De tan junticos que andábamos no se nos perdía el calor, y ofreciendo gestos que le nacían de dentro, de esos huecos que tiene el cuerpo para refugiar lo que solo se comparte con pocos. Y no se nos malograba el amor por muchos días que pasasen. Pues fijate que siempre había oído decir que los quereres se van agotando, cansados de tanta brega, que se van quedando chicos y las obligaciones les ganan el lugar, pero padre y yo no le dimos oportunidad a la pérdida, ni a la mengua siquiera. Cuando don Ramón me preguntó si quería a padre para el resto de mis días, contesté la verdad más grande de este mundo: sí. Y cerré los ojos de gozo deseando que nadie nos mirara, para darle un beso sin mancha, que el Señor ya había ofrecido su consentimiento con el sagrado matrimonio.

Como ya eres mujer voy a hablar sin disimulos, niña, y te voy a decir que cuando la labor nos dejaba libres y nos cruzábamos en el cortijo, nuestras carnes se arrimaban como macho y hembra que se apetece, que catar las glorias de un hombre cuando hay querer es pura dicha. Luego padre retomaba su trabajo, desde las ocho que emprendía con el abuelo hasta bien agotada la tarde, salvo alguna desbandada ligera hacia el cortijo cuando me echaba en falta.

Yo por las mañanas me acercaba al huertico, y allí enjaretaba mis siembras, sin mucha apertura, que por el camino con quien me cruzara me entretenía, y le daba buena función a la boca. Porque mientras uno habla no piensa, y la cabeza se resiente de mucho cavilar. A ti de chica te pasaba lo mismo: de tanto preguntar a veces me aturullabas y, cuando no sabía qué razón ofrecer, te pellizcaba los carrillos y sonreía diciendo que no metías la lengua en el paladar ni por puro descuido.

Y el tiempo pasaba, niña, y por más ilusión que tenía padre, yo no dejaba de manchar cada mes. Cuando me veía restregar los paños en la pila del patio un pesar le sobrevinía, pero en las cosas del Señor nadie manda y no quedaba otra gestión que la espera. Padre empeño ponía, pero la cosa no cuajaba, porque debe ser que la ilusión, niña, no es simiente para estos menesteres del cuerpo de la hembra.

Pues para no cavilar me enredaba con una y otra, y cuando en mayo dejaba la lumbre y el sol calentaba el camino, me salía a la puerta a coser, porque con el poco trasiego de la gente se me pasaba el rato en un suspiro. Y ahora que me voy, ahora que eres mujer y con la sesera bien completa, gracias a Dios, es cuando saco los redaños que nunca tuve para contarte lo que un día correteó por mi juventud, porque destapar los entresijos de una vida no lo hace cualquiera, pero yo te lo debo, niña, por ser mi hija y lo que más me duele dejar a este lado.

Allí pasó una tarde, estirando con la sogá a un mulo, cargadito de cántaros y leche. En cada puerta se paraba para ofrecer el género y, cuando llegó a la mía, sus ojos me mostraron el pecado. Se abrieron con una oscuridad honda, con un negro de bravura, como si las tinieblas de su mirada quisieran arrebujarme a mí también. Me dejó un cántaro chico y yo le di una peseta. No esperé las vueltas, me metí en casa y tras la ventana lo vi camino arriba, removiendo sus brazos de bestia al compás de sus pasos. Como un reguerillo corrió la noticia del nuevo lechero, y las mozas se agolpaban en las puertas, y las risas tontorronas, y las hablillas y comadreos: que si es esto o aquello, que si es un errante, que si es un faldero y no entiende de vergüenzas. Cuando me acercaba al pueblo, caminando desde el cortijo, no se hablaba de otra cosa. ¡Ay, niña! Yo lo miraba y me perdía entre la mata de su pelo, más negro que la noche, entre sus ojos de gitano venido de no sé dónde y, cuanto más se decía y más se in-

ventaba, más me perdía, porque de no ser por mi amor a padre me hubiera amarrado al mulo y hubiera caminado tras él, sin achicarme por el enredo.

Y ahora viene lo gordo, que me tiembla el puño y se me descompone la letra nada más de pensar que en unos días lo vayas a leer. De puro bochorno me da hasta ahogo, pero ya he dicho antes, al comienzo, que alguien tiene que recoger los secretos, porque yo me voy, porque ya es mi hora y porque no hay más. Aquella tarde llegó después, el mulo renqueaba de una pata y a estirón limpio lo arrastraba; hasta coces vi yo que le dio cuando entró por el camino. En un puro suspiro llegó a mi puerta, con las manos desolladas y mojaditas en sangre de tanto batallar con la sogá. Le pedí un cántaro y pasé a casa a retornarle el del día anterior. La fatiga me punzaba, que no podía verlo yo ensangrentado y no ofrecerle un paño limpio y un trago de vino. Le pedí que aguardara y le saqué unos trapos. Como supe le enmendé el desbarato, porque menuda desgracia de manos llevaba el pobre, y yo, que me conozco, si lo hubiera dejado marchar, el reconcomio seguro que me hubiera embestido. Dijo que no quería importunarme. Yo callé y continué en mi faena. Le saqué la bota de padre y se la ofrecí. Los dos nos miramos y él se asomó a mis ojos como en un balconcillo, y miró desde lo alto de mi ilusión, y se apoyó en la baranda para no caer, por miedo, aún, a no ser recogido por la profundidad de mi deseo. Se llamaba Miguel y cuando continuó el camino se volvió y me preguntó mi nombre. Yo callé y agaché la mirada.

Un mes estuvo pasando por el camino, durante cuatro semanas me arregosté a sus pasos, al carboncillo de sus ojos, a la espesura de su melena ondulada, al dibujo de sus manos que surcaban la tierra de lo prohibido, de lo irremediamente deseado. Él ofrecía la gloria, niña, porque sus labios se abrían para mí y yo los tenté un día, a escondidas, cuando le dije que aguardara en la entrada y amarrara al mulo en la puerta. Como si fueran miel se me pegó su dulzor y me engolosiné. El azúcar de su boca se me derramó por los cuatro costados y me aguachinó la sesera. Y no reparé en padre ni en el abuelo, no reparé en atinos o desatinos; se me había abierto el cuerpo para recibir al errante y él se ofreció sabiendo que su primera entrega también iba a ser la última. Al rato salió por la puerta, agarró de la sogá al mulo y el crujir de sus pasos hoscos y salvajes me dijeron que ya no volvería. Me quedé anieblada detrás del ventanuco de la cocina y lo vi andar estirando del animal, camino arriba, uno a cada lado, junticos, los vi alejarse sin saber, a las claras, cuál de los dos era la bestia.

Al mes siguiente no manché y padre, que estaba en todo, calló y aguardó. Una tarde, mientras escaldaba tomates en un puchero, se acercó y me preguntó si el mes anterior había sangrado. Se me atosigaron las palabras y no pude decir ni miaja, sonreí y me eché en sus brazos. Sentí cómo padre lloraba de alegría. Y cuando se enteró el abuelo ya fue el remate, que faltaban brazos para atenderme, a cada rato, temiendo que la criatura se malograra, temiendo que aquello que parecía un sueño, se lo llevara la desventura.

Cinco años y tres meses desde que le dije a don Ramón sí. Sí quiero, don Ramón, para toda la vida. Cinco años y tres meses donde padre maldijo su hombría, donde cada mes se convertía en el temblor de una ilusión al relente. ¡Cuánto frío pasaron sus sueños, cuántas tiritonas dio el pobre! Pero llegaste tú, niña, que te mandó el Señor para ser hija de padre, aunque tuvo que enviar al mensajero para entregarte. Con tu cara desapareció el reconcomio, porque fuiste agasajo, fuiste pan en la casa del pobre. Y anoche, que ya sabes que no alcanzo ni a moverme, me dio el capricho de ojear por el ventanuco de la cocina. Como pude me arrimé, para mirar con los ojos de hace veinte años y lo único que vi fue la sonrisa de padre

mientras jugaba contigo, de cría, en el camino, y con la mano en el aire me entregaba esos gestos que tenía tan guardadicos para mí, y yo le gritaba, niña, yo le decía que con nuestro querer nadie ha podido y que la suerte me vino sin buscarla, me vino con su presencia desde chicos y me vino con la fortuna de tenerte. Padre sonreía y lloraba, y yo me puse a escribir pensando que este secreto te pertenece, porque no hay ofensa en quien no la mira y, en esta casa, hemos estado todos ciegos de querer.